

**ANTOLOGÍA  
DE LAS  
MEJORES  
NOVELAS  
POLICÍACAS**

**TOMO XV**

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes, publicada entre los años 1958 y 1982 por la editorial ACERVO.

## Índice de contenido

Cubierta

Antología de las mejores novelas policíacas - Vol. XV

—Rafael Castellano de la Puente

El chivato (Rafael Castellano de la Puente)

—Noel Clarasó

El miedo dice la verdad (Noel Clarasó)

El brazalete (Noel Clarasó)

—Juan Antonio Cortés Díaz

Todo en la caja (Juan Antonio Cortés Díaz)

—Francisco Cortés Rubio

El alambre (Francisco Cortés Rubio)

—Juan Antonio Cotanga Arnal

Mr. Holmes viene a casa para quedarse (Juan Antonio Cotanga Arnal)

¡Culpables! (Juan Antonio Cotanga Arnal)

—Francisco García Pavón

El huésped del cuarto número cinco (Francisco García Pavón)

—Antonino González Morales

La muerte va a la montaña (Antonino González Morales)

I  
II  
III  
IV  
V

Una buena pieza (Antonino González Morales)

—José Hernández Polo

¡Plom-Plom! ¡Plom-Plom! (José Hernández Polo)

I  
II  
III  
IV

—Ramón Hervás

El ojo de la bella finesa (Ramón Hervás)

—Enrique Jarnés Bergua

«Te voy a contar un crimen» (Enrique Jarnés Bergua)

—León-Ignacio

Algo así como un funeral (León-Ignacio)

—Ángel Maza Romero

Mientras suena la orquesta (Ángel Maza Romero)  
Epílogo

—Bartolomé Mir Mir

Oportunas diligencias (Bartolomé Mir Mir)

—Daniel Noriega Marcos

Unos ojos fijos (Daniel Noriega Marcos)

I  
II  
III

La mujer sin huellas (Daniel Noriega Marcos)

I  
II  
III  
IV

—Alejandro Núñez Alonso

El yugo (Alejandro Nuñez Alonso)

I  
II  
III  
IV

—María Nuria Torán

Crimen sin castigo (Maria Nuria Torán)

I  
II  
III  
IV  
V  
VI

Parada, fonda... y asesinato (Maria Nuria Torán)

—Miguel Oca Merino

El rito en negro (Miguel Oca Merino)

La larga cuerda de la difunta (Miguel Oca Merino)

—Tomás Salvador

El grano de mijo (Tomás Salvador)

Notas

## RAFAEL CASTELLANO DE LA PUENTE

Nacido en Madrid hace veintiocho años, Rafael Castellano de la Puente tiene fijada su residencia en Deva (Guipúzcoa). Concluido el "Preu", no asiste a la Universidad e ingresa en la Escuela de Arte Dramático. Entonces se da cuenta —confiesa él mismo— "de que hacer teatro es un placer y de que el público es una masa amorfa que tose metro y medio más abajo del coturno". Su inclinación por la literatura humorística le lleva a practicar el relato corto, especialmente en "La Codorniz", donde ha publicado más de quinientos trabajos, y cuyo director, Álvaro de Laiglesia, le ha otorgado "La Codorniz de Plata". Ha escrito asimismo trabajos largos, pero, como él también afirma, son de "filosofía y no se venden". "Me gustan varias cosas cuando tengo tiempo —añade—: me gusta beber, leer a los Baroja, pasear con mi perro, comer ostras con una chavala prometedora... Y, sin que se me tache de cursi, mirar al mar, que es una cosa muy importante". Tiene el título de profesor de idiomas. En nuestro volumen anterior de Antologías Policíacas publicamos "El sádico", "¿Por qué no matas a alguien?", "La rebotica" y "El esotérico". Ahora nos complaceremos en añadir en este nuevo volumen EL CHIVATO, relato bajo cuya fina ironía palpita el drama de los seres pequeños y mezquinos.

## EL CHIVATO

Rafael Castellano de la Puente

Hay un hecho, válgame la redundancia, fundamental en la policía: los hay que valen, los hay que entran por inercia y los hay que les gusta. Y echando mano de Jung digo que existe cierto tipo de individuo a quien le satisface pegar porque sí. Parece una aberración, y lo es, pero es el arma elemental de todo aquel que controla el orden por una razón simple: no razona.

No se debe creer que el inculto carece de inteligencia, porque posee algo peor o mejor, según se mire, que se llama intuición, conciencia de la torpeza no solicitada que la sociedad le concede, y por reflejo y paradójicamente, una gran habilidad. Hay policías necios y brutos, pero hábiles, y esos son los más peligrosos.

Pero podemos perdonar a estos individuos por su escasa capacidad de percepción, por un hondo humanismo oculto, por su derecho a reaccionar, por la amabilidad esporádica que a veces tienen con los paisanos y por...

Deben excusar esta pausa, pero es que alguien ha gritado en la habitación contigua, y como aquí, en esta repulsiva casa donde sólo estamos dos: el filósofo que suscribe y mi mujer, que es la que sugirió autoritariamente que fuese a una tienda de bichos para comprar un gato, que comprase una alfombra que hube de cargar a hombros y traer por la calle frente a la sonrisa humillantemente irónica de más

de un vecino, sospecho que es ella la que ha gritado. Y establezco el siguiente silogismo: "En esta casa viven un hombre y una mujer —primera premisa—; se ha oído un grito —segunda premisa—; el hombre no ha gritado —tercera premisa— no hay nadie más en la casa —cuarta premisa—; consecuencia: la que ha gritado es la mujer". A mí me gusta hacer los silogismos más compuestos, pero deberán excusarme si tienen en cuenta que este caso es urgente, y que sospecho con dulzura que a Manuela, mi señora, la han asesinado. Es muy posible que les extrañe mi actitud, pero es que hay que conocer a la mujer en cuestión: es necia... digo era necia y burda. Carecía de sentido del arte, cosa que siempre me ha apasionado. Andaba, desde que me cazó para que un cura nos hiciese unos signos ante la cara, día que eligió para estar bellísima, desgredada por los pasillos, arrastrando alpargatas y huyendo de la ducha como los gatos. Transcurridos tres o cuatro meses empezó a acicalarse. ¡Oh, divina intuición la del cornudo! Sospeché, y me encogí de hombros. Hay quien no puede ni serlo. Además, el supremo castigo que merecía Manuela no me atrevía ni a hacerlo ni a intentarlo. Me he dedicado a mis trabajos como elemento vital, esperando a que otro realizase lo que yo, cobarde, no podía hacer aunque soñaba con ello. Y perdónenme de nuevo, porque voy a introducirme en la habitación donde estoy seguro de que yace ensangrentada. Es un asunto nimio, pero al mismo tiempo un goce. Espérenme un momento.

Efectivamente: es mi esposa la que ha gritado. Así, a ojo de buen cubero y recordando mis tiempos en que intentaba terminar el cursillo de practicante, creo que la puñalada es de consideración, ya que interesa la región intercostal con posible frontera hacia lo glúteo.

Bueno: hela ahí. Descanse en paz.

Creo que antes me encontraba fabricando una diatriba algo amarga contra la policía. Un tanto ecléctica, eso sí, y por eso me manifiesto íntimamente que no tengo más re-

medio que avisarla. Una cosa es desear la muerte de una compañera que hipotética y eclesiásticamente lo era para toda la vida, y otra no intentar averiguar, para agradecerse-lo antes de que lo encarcelen, al amable ciudadano que se ha tomado la molestia de pegarle el navajazo por mí.

Mi casa es triste. Triste, interior y gris. La sangre de Manuela, color carmín, le está concediendo ahora cierta alegría. Como el piso es alto, es imposible subir a ella si no es con una escalera de bombero. No digamos la caricia que le conceden las cretonas que la decoran, elegidas por esta mi difunta. Repulsivos bibelots de porcelana con forma de bicho medran por las estanterías. Hay cojines que la imbécil que hace unos minutos era mi suegra, una vieja tan asidua de los confesonarios como su marido de las tabernas, maldición apocalíptica de los curas que tenían guardia en el quiosco y que la huían más que a las tentaciones, nos regalaba para que en ellos —de unos tintes que iban del morado al violáceo— descansase el comprado gato, a quien se le bautizó como Jeremías, y que justificó el título impuesto con lamentaciones nocturnas que indignaban al más santo de los hombres que tuviesen sueño.

La puerta es firme, y sin embargo alguien ha logrado penetrar en el recinto, mi triste recinto, para cargarse a Manuela. Manuela la de pies recios, gusto de pocero, mala uva de sargento, coquetería de la clásica gallina y resabios de cornúpeta, amén de su habilidad para servir la sopa con el dedo gordo incluido en el recipiente. Manuela, la que dejó de hacer mohines para jurar si se quemaba o resbalaba en la escalera.

Manuela: la pobre difunta que me hizo un gran favor al ponerme los cuernos. Justificadísimos, ya que el amante acaba de demostrar que tiene más arrestos que yo.

Pero dejémonos de estampas retrospectivas. Como ciudadano y esposo compungido, he de llamar a la policía. No puedo eludir tal deber.

\* \* \*

Aún no me lo creo, porque para llegar a mi casa hace falta cruzar ante mil comadres avizores que, inermes, espían desde las ventanas y después salen a la escalera para poder luego describir legalmente la cara que llevas. Son de la sangre de la que fue mi Manuela. De la sangre que tengo ante mí vista.

Y, milagrosamente, alguien ha penetrado aquí sin que nadie lo advirtiera. Algún súcubo macho —lo lógico es que sean hembras— que ha logrado eludir el testimonio de esas repugnantes inútiles que, cual vivas cariátides, mantienen la mala fama de la gente. Son fruto de la desidia y la rutina, porque la rata espía para sobrevivir, y la comadre parece que lo hace para excitar la mentalidad de que carece.

He llamado. El sargento ha tosido tres veces antes de decirme con voz cansina que el teniente Ra está de servicio. No tengo prisa; le espero. Pero el miedo, ese sentimiento que perdí hace tanto tiempo, se apodera de mí.

Sé que tengo junto a mí al cadáver de mi esposa, y a su amable asesino oculto, ahíto también de temor. Podría registrar todo, pero —vaya otra paradoja— el hallazgo del criminal, que las está pasando peor que yo, significaría la muerte sin remedio. No es que me importe irme al otro barrio, pero Manuela, y sospecho que ninguna otra mujer, merece muy poco tal estúpido sacrificio. Eso lo hacían los del "Quo Vadis". Yo, no.

No hay nada más horrible que una persona oculta en el propio domicilio. Sé que ese ser aguarda tras la cretona del armario empotrado, rebozado en la repugnante alfombra que exigió la suegra, o tópicamente oculto bajo la cama, ese tálamo que fue tristemente nupcial.

Sé a ciencia cierta que está aquí, que teme, que ahoga suspiros, pero no quiero hallarle. Me niego a buscarle. Quiero que se convenza de que el amante auténtico —por

ahí llamado marido— le deja estar en su escondrijo como quien respeta a un bibelot feo. Y sobre todo, me he propuesto que crea que en el mundo hay maridos que, cual necios animales, no se dan cuenta de que la gente penetra en su hogar y asesina a sus esposas impunemente.

Y vuelvo al tema: reitero. En la Policía hay poca gente que valga. Seguro que el necio inspector a quien aludo se halla a la busca de un raterillo de poca monta para intentar ascender. Su deber, creo yo, consistiría en venir aquí y sacar de su escondrijo al criminal que a sangre fría ha asesinado a mi mujer.

Está oculto. También es cobarde. Y a lo mejor es un guanajo que no levanta dos palmos del suelo. Pero estoy convencido de que los débiles son los más temibles que hay, ya que se comportan como las alimañas acorraladas, que suelen morir repartiendo bocados para hacer daño a quien se lo hace.

Ahora, ha tosido. Le he oído perfectamente. Seguro que está en la despensa, acurrucado como un hurón, pensando en la estupidez que ha cometido al liarse como fiera hambrienta con la tal Manuela. No está satisfecho y se arrepiente tarde. Sufre y teme. Y hay algo que tenemos los hombres que nos causa grandes disgustos, como todos los defectos: la lástima. Lo que suelen llamar caridad. Y es que un hombre que consigue pasarse tantas horas con una mujer como Manuela, que hace falta tener estómago; que consigue penetrar en una casa como la mía sin que nadie —salvo yo— se entere; que tiritita muerto de miedo entre botellas de lejía, detergentes y escobas, amén de las conservas y las bayetas, a oscuras y con un frío que pela a un gorila, es un mínimo héroe: un héroe sencillo que ha tenido a bien dejarme viudo.

He vuelto a llamar a la comisaría. He preguntado por el teniente Ra, y me han dicho que está de servicio. He dicho que lo más lógico es que, si está de servicio, se preocupe de resolver un asunto de asesinato; pero, por lo visto, el

servicio de los tenientes de policía es detener prostitutas, y no criminales escondidos.

Ese pobre hombre empieza a darme pena auténtica. Ha estornudado tres veces seguidas. Y es que en la despensa nuestra parece que algo divino puso el frío a nivel de nevada. Pensemos: yo creo que ha empezado a tomar confianza, y que se ha establecido entre los dos, cierto misterioso magnetismo que revela que yo estaba deseando que alguien matase a Manuela por mí, y que él estaba deseando que el marido de Manuela no se enfadase si lo hacía.

Ahora carraspea. Deduzco de todos estos pequeños detalles, aparentemente sin fundamento, que no nos resultamos antipáticos. Decir que somos amigos sería exagerar.

Somos incapaces de hacernos daño el uno al otro; pero quiero tener una mínima venganza: dejarle que estornude otra vez. Que pase frío y se fastidie. Ya se encargará la justicia de su futuro entre rejas, que estimo no será largo, ya que pienso declarar a su favor diciendo que Manuela era más basta que un colador de esparto, más estúpida que un higo seco y torpe como las ratas. Espero que la gente del jurado no sea célibe, para que comprenda.

Bueno: vayamos al principio, donde hablaba de la Policía. Pues bien: si hay un ser a quien detesto es al chivato. Y yo no quiero chivarme del pobre ser oculto, temeroso, que tengo en la despensa congelándose como una sardina vieja, simple, incapaz de surgir de su escondrijo y de tenderme la mano. Y es que una cosa es cumplir con el deber de ciudadano y otra dedicarse a denunciar a un pobre muchacho que no sólo no te hace daño, sino que te ayuda llevándose a otro barrio vital a un ser inútil, molesto y necio. A una Manuela, que no es única.

Y pasemos de nuevo a la psicología: ¿por qué no soy yo también un asesino, si desde hace cinco años estoy deseando mandar a mi mujer a mejor vida? La cobardía es un defecto, y en ese sentido me gana el pobre amante escondido.

dido que pasa frío por haber hecho aquello a lo que yo no me atreví: darle mulé a esa estúpida.<sup>[1]</sup>

Sin embargo, mi pundonor de ciudadano me obliga a llamar de nuevo a la comisaría, aunque sea un triste deber el chivarse de alguien que le ha resuelto a uno un problema. Juro que no conozco en absoluto al bigardo ese que sigue estornudando en la despensa y que ya, para mayor descaro, se suena. Me le imagino con boina y con un pañuelo de hierbas a cuadros azules y blancos. En mi mente va dibujándose un concepto de su persona que me cae simpático.

Requiero el teléfono.

—¿La comisaría? ¿Está el teniente Ra?

Nueva negativa. Desde luego, los funcionarios no merecen la paga que reciben gracias a nuestros impuestos.

Y quiero seguir hablándoles de la difunta que ahí yace, como un muñeco roto. De la herida, palabra, debería surgir serrín continuo si las leyendas fuesen ciertas. Era nadie. Una borrega. Le gustaban las zarzuelas con sus consecuentes rípios, y a ellas me arrastraba ataviada con tremendas flores artificiales y con gorritos ridículos. Me he preguntado mil veces por qué fui tan necio y por qué llegué a casarme con una mujer capaz de colgar los trastos de seducir una vez traspasado el umbral de la sacristía. Pero la vida humana, con sus reacciones, está llena de misterios y, además, ya todo ha concluido. No quisiera denunciar al pobre hombre que medra en mi casa y que le ha puesto remedio al mayor error que he cometido en mi vida: el matrimonio; pero, al fin y al cabo, es un delincuente y yo, sin querer pecar de fanfarrón, creo que me comporto como un ciudadano honrado si hago saber que en mi domicilio hay un hombre que ha tenido la audacia de introducirle a mi esposa por la espalda una hermosa hoja acerada.

Manuela no era de mi gusto, insisto. Manuela era la quintaesencia del egoísmo y necia hasta lo exacerbado. Mi compañera de toda la vida tenía el defecto brutal de mu-

chas casadas. "Vamos al altar por capricho; porque si no... porque a lo mejor...". Cuando se le incrusta a una hembra un mandamiento en las sienes, sea el que sea, ya puede temblar el milagro. La pobre Manuela creía que el mero hecho de concederme sus escasos encantos era un privilegio para mí cuando, si se piensa debidamente, se llega a una consecuencia simple: no buscamos en la mayoría de los casos el mero placer, sino la compañía, la ayuda, el apoyo, la sencillez y el calor de un cariño perenne. Hace tiempo alguien dijo que la mujer era el reposo del guerrero, y como ese hombre era francés todo el vulgo pensó lo que no debía. Y así andamos.

Vamos a dejarnos de divagaciones, porque en la despena ha sonado otro estornudo seguido de un juramento mascullado. El hombre sabe que sé, y si por un lado le molesta el constipado, por otro le ataca el miedo. No sabe aún cuál puede ser mi reacción ante el adulterio seguido de crimen, y tiritita por frío y por pavor. Vayamos a los hechos: el pobre chaval ha cometido dos errores, que son el ser el amante de Manuela y el cargársela después. Y juzguemos que Manuela no era un dulce de gusto que mereciese que por despecho o por un desplante de los suyos, que los sabía hacer harto pintorescos, surgiesen en el panorama de su futuro hipotéticos barrotes o garrotes viles.

He tenido otra mujer. Una mujer dura dentro de su encanto que tuvo el buen acierto de no insultarme nunca, de acariciar mentalmente mis defectos. Era aquélla otra cosa. Nunca habría deseado su destrucción. La hubiera perpetuado. Pero lograr a una mujer que te emancipe del sufrimiento y de la angustia, y hacerla eterna es una utopía necia.

Sólo en sueños suele conseguirse, y yo la soñé con todas mis fuerzas, amarrándome a sus faldas como un crío. Como soñaba el poeta Omar Khayann: "Unas gotas de vino de color del rubí, un pedazo de pan, un buen libro de versos y mi amada en un lugar solitario valen más para mí que los imperios de todos los sultanes". Razón tenía.